

"LOCOS POR CRISTO"

Peter Hans Kolvenbach S.J.

La guerra sin cuartel entre Iraq e Irán nos han familiarizado con la expresión "locos por Dios". Fanáticos y suicidas en sus proezas, estos militantes fundamentalistas creen vivir incondicionalmente el Islam, o una cierta modalidad del Islam. No son ciertamente los primeros "locos por Dios" que ha conocido el Próximo Oriente. Todavía hoy muchas de aquellas Iglesias veneran y celebran sus propios "locos por Dios". En Egipto, la Iglesia de Alejandría da culto a San Marcos el Loco (s.VI); en Siria, la ciudad de Homs venera a Simeón el Loco (s.VI); e incluso la gran Iglesia de Constantinopla canta las glorias de su gran Loco, San Andrés Salos (s.IX). Con el paso de los siglos esta contagiosa locura por Cristo se extiende hacia el norte y llega a ser una de las notas características de la santidad rusa. Esta loca manera de seguir a Cristo parecería no tener más que un vínculo muy tenue con la espiritualidad ignaciana, que siempre se manifiesta equilibrada por la "discreta caridad", fruto de largos procesos de discernimiento y cuidadosa deliberación. Pero aun así, en el centro de los Ejercicios, surge como un grito: "quiero y elijo...desear más de ser

estimado por vano y loco por Cristo" (EE 167).

Primeros pasos en la locura por Cristo

A primera vista esta locura de amor por Cristo no constituye más que un episodio pasajero en el proceso de maduración espiritual de San Ignacio. Así, por ejemplo, todo es locura en su peregrinación de Venecia a Génova. Reparte todo el dinero que lleva: "y así acabó todo lo que traía" (*Autobiog.*50). Después trata de seguir por el camino que sabía ser el más peligroso. Los soldados españoles se lo desaconsejan, "mas él no tomó su consejo" (*ibid.*51). Y le tomaron por loco o espía. Llevado ante el capitán, le habló desconsideradamente, en forma familiar, usando la segunda persona en lugar de otra expresión más respetuosa y cortés (*ibid.*52). Lógicamente, el capitán lo tuvo por loco. "Este hombre no tiene seso" (*ibid.*53). Toda esta manera de comportarse, como si estuviera loco, estaba en último término inspirada "por su devoción" (*ibid.*52) a Cristo humillado y conducido preso.

Pero este comportamiento de loco por parte de Ignacio, que encaja bien en la tradición espiritual de "los locos por Cristo", no es ciertamente una locura pasajera. La *Autobiografía o Relato del Peregrino* muestra claramente cómo esa locura es una consecuencia inevitable de los *Ejercicios Espirituales*. A su vuelta de Flandes, Ignacio se dedica intensamente a conversar espiritualmente con los estudiantes. Rápidamente se extiende por París el infundio de que aquel "seductor de estudiantes" tenía la culpa de que un tal Amador se hubiera vuelto loco (*Autobiog.*78). Pero ¿en qué consistía aquella locura, consecuencia de los Ejercicios Espirituales? Amador había dado todo lo que tenía a los pobres, incluso sus libros, pedía limosna, y se alojaba en el Hospital Saint Jacques (*ibid.*77). Algunos estudiantes entran "a mano armada"

en el Hospital y ponen fin a la estancia de Amador, que vivía allí entre los miserables de París (*ibid.*77).

Visto este deseo de Ignacio, de ser loco por Cristo, tan íntimamente ligado a la experiencia de los *Ejercicios Espirituales*, ¿hay que extrañarse de que no le abandonara jamás? Si la *Autobiografía* es una especie de testamento espiritual de Ignacio, la experiencia de lo sucedido en la cárcel de Salamanca debe trascender la vida entera de la Compañía. Don Francisco de Mendoza, más tarde Cardenal Arzobispo de Burgos, oyó de labios de Ignacio encarcelado la respuesta que había dado a una señora que se compadecía de él: "En esto mostráis que no deseáis estar presa por amor de Dios... Pues yo digo que no hay tantos grillos y cadenas en Salamanca, que yo no desee más por amor de Dios (*ibid.*69). La locura por Cristo contenida en estas palabras se hace evidente cuando, aprovechando una oportunidad, todos los presos se escapan, menos Ignacio y sus compañeros, que "fueron hallados con las puertas abiertas y ellos solo sin ninguno"(*ibid.*69). Una larga carta del P. Diego Laínez, escrita en Bolonia el 16 de junio de 1547 al P. Juan de Polanco, confirma por dos veces el deseo de Ignacio de sufrir por amor de Cristo: "Todas las cadenas y prisiones del mundo no bastarían para satisfacer el deseo que tenía"; y más explícitamente, en términos de locura: "andando, como decía, descalzo y con su pierna mala de fuera, y con cuernos al cuello; pero por ganar almas, no muestra nada desto". Este deseo no podía faltar en un compañero de Jesús, e Ignacio lo exige de hecho en el *Examen General* (c.IV, n.44): "...donde a la su divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado a pecado, desean pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos (no dando ellos ocasión alguna dello), por desear parecer y imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo..." Sin profesar

este deseo, el candidato no puede ser admitido en la Compañía; pero ya sabe Ignacio que este deseo no se ajusta a nuestra naturaleza y por eso, inspirado quizás por la asidua lectura de la *Imitación de Cristo* ("de gratia tua desiderii desiderium habeo..."), exige del candidato, por lo menos, el deseo de desear ser loco por Cristo.

Raíces en los Ejercicios

Este deseo de estar loco por Cristo lo presenta Ignacio en sus *Ejercicios Espirituales* en forma de petición. La formulación misma de esta consideración de la Tercera Manera de Humildad revela la dificultad de Ignacio para llegar a tener un deseo que se deje poseer del Señor, que "desea dársele" (EE 234) o para fomentar un amor que se deje transformar por "el amor que desciende de arriba" (EE 184).

Tratemos de precisar los elementos contenidos en el coloquio en que Ignacio pide ser tenido por loco por Cristo, comparando el autógrafo ignaciano de los Ejercicios con las otras versiones.

Lo que desde un principio nos llama la atención es la marcada personalización de esta locura por Cristo. Mientras la Versión Vulgata de 1548 atenúa esta nota personalista de la Tercera Manera de Humildad exhortando al ejercitante a abrazar el desprecio y estigma de la locura, el Autógrafo expresa claramente el deseo de ser "loco por Cristo, que primero fue tenido por tal" (EE 167). Las narraciones evangélicas de la Pasión relatan cómo Jesús fue tenido por loco (v.gr. Mt 27:31; Mc 15:20; Lc 20:63 y 23:11); pero Marcos dice también cómo los parientes de Jesús estaban convencidos de que estaba enajenado (Mc 3:21), y Juan que los que oían los discursos de Jesús creían que deliraba (Jn 10:20). El escarnio que acabaría en la cruz es la salida casi inevitable

del misterio itinerante de Jesús, cuyas palabras deshacían la imagen de Dios preferida por la mayoría de sus contemporáneos, cuyas actitudes estaban en manifiesta oposición con la santa ley de Dios, y cuya buena nueva minaba las esperanzas milenarias de todo el pueblo de Dios. El amor loco de la vida verdadera, que altera toda la sabiduría y toda la seguridad que tiene sus fuentes en Dios mismo es el que ha abierto el "camino" (He 9:2) de Jesús—un camino tan insensato y escandaloso que choca a todos, judíos y gentiles (1 Cor 1:23). La conclusión que saca Pablo de Tarso es que, para llegar a ser sabio, es preciso estar loco por Cristo (2 Cor 11:1).

No obstante algunas pequeñas discrepancias en las diversas versiones de los Ejercicios, todas siguen el Autógrafo en lo referente a situar esta locura por Cristo en el centro de la gloria de Dios. Ignacio no pretende oponer la locura de la cruz a la gloria de Dios, como si una excluyese la otra. En el pensamiento de San Juan (17:1), la hora de la cruz es igualmente la de la gloria de Dios. La locura de la cruz se sigue de la gloria de Dios, y por la gloria de Dios se abraza la cruz. No se trata de glorificar ciertas locuras en sí mismas o por ellas mismas.

San Ignacio trata de afirmar cosas que a primera vista parecen contradictorias. Por una parte, supuesto que la locura de la cruz se identifica con la gloria de Dios, no es posible ser compañeros de Jesús sin compartir la locura de Cristo, renunciando a ser tenidos por sabios y prudentes en este mundo (EE 167). Los cristianos de Corinto aprendieron de Pablo de Tarso la verdad o mensaje de la cruz a la vez crucificada y crucificante. Y por otra parte, Ignacio, convencido como estaba de que no todas las expresiones de la locura de la cruz redundan necesariamente

y en todos los casos en gloria de Dios, nos hace pedir, en una continua oración de discernimiento, la manera concreta y efectiva de ser locos por Cristo (EE 167). Por medio de esta oración perseverante, el compañero de Jesús se mantiene abierto al carácter inesperado e imprevisible de lo que el don gratuito del amor de Dios y la libertad de la pasión de Cristo puedan inspirar como formas concretas de esta locura por Cristo. Al principio y fin de su carta a los Filipenses, Pablo de Tarso muestra cómo encajar, con igual libertad, las eventualidades de vida y muerte que se presenten, con tal de que Cristo sea siempre glorificado. A la luz de estas verdades, el Autógrafo de Ignacio exhorta al ejercitante a pedir "que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad" (EE 168). La Versión Vulgata de 1548 completa esta petición rogando a Dios que inspire esta opción dentro de nosotros. Llevado así por la fuerza de una disponibilidad total impregnada de oración, el deseo de ser loco por Cristo no supone automática y necesariamente el padecimiento de los sufrimientos que Cristo padeció en su Pasión ni la imitación de lo que hizo Ignacio el peregrino ni Benito Labre el mendigo, como tampoco ciertas formas estereotipadas en que cristalizó la experiencia de los famosos locos del Oriente cristiano.

La locura de la cruz y la gloria de Dios

Así, pues, Ignacio no opone la locura de la cruz a la gloria de Dios como si nosotros quisiésemos ser locos por Cristo pero su gloria se opusiera. No hay un evangelio de la Gloria de Dios y otro de la Cruz. No hay sino un solo grito pascual: "con su muerte ha vencido la muerte". En la contemplación del Reino (EE 95), Ignacio considera la obra y misión de Cristo, aún en marcha, como la entrada de la humanidad entera en la gloria del

Padre siguiéndole primero a Cristo por el camino de la cruz: "pasando todas injurias y todo vituperio, así actual como espiritual" (EE 98). Cumplir la misión de Cristo, que es anunciar el evangelio de la gloria del Padre a una humanidad que tiene un sentido totalmente distinto de la gloria, es asumir el evangelio de la cruz, que no consiste ante todo en sufrir y morir, sino primordialmente en una vida pletórica que nace de la entrega de sí para que la gloria del Padre resplandezca en las vidas de nuestros hermanos y hermanas. La gloria del Padre es la que da forma y expresión concreta a nuestra misión de "llevar la cruz".

Es bien conocida la extrañeza de algunos comentaristas de los *Ejercicios Espirituales* al encontrar la Tercera Manera de Humildad entre los ejercicios de la Segunda Semana. ¿No sería más natural colocarla en la Tercera, junto a Cristo lleno de "opprobrios" (EE 167)? Aquí deberíamos recordar que en su *Diario Espiritual*, el 27 de febrero 1544, Ignacio confiesa que Cristo es todo entero su Dios ("ser todo mi Dios", n.87). Es siempre la luz del Verbo encarnado la que irradia del Cristo crucificado y resucitado en todos los "misterios de la vida de Christo nuestro Señor" (EE 261). De esta manera la locura por Cristo no se identifica exclusivamente con las expresiones de su sufrimiento: para estar loco por Cristo no es preciso copiar los hechos de su Pasión. Lo que se contempla siempre, de la cuna a la cruz, es siempre Cristo en su gloria, el Hijo, que es "reflejo de la gloria de Dios e impronta de su ser" (Hebr 1:3).

La respuesta humana a esa gloria de Dios que se refleja en el Hijo la presenta Ignacio de una manera tradicional, en una forma jerarquizada: las tres maneras de humildad, y dentro de la tercera tres grados o escalones: pobreza, oprobios, locura. En lugar de construir una ascensión gloriosa, Ignacio

se siente obligado, por fidelidad al mensaje evangélico, a proponer un descenso, hasta sepultarse en la kénosis del Señor. En el fondo, Ignacio nos hace descubrir una locura por la gloria de Dios que sólo el amor divino puede salvar de la insensatez. Nada tiene, pues, de extraño que en el *Tratado de la elección* del Dr Pedro Ortíz, que había hecho los Ejercicios en 1538 bajo la dirección de Ignacio en Monte Casino, estas tres maneras de humildad se presenten como otros tantos grados del amor de Dios. De esta forma, tenemos juntos todos los elementos para testimoniar elocuentemente lo que Ignacio nos deja descubrir por nuestra propia cuenta y se resiste a declarar en el crudo lenguaje de los cristianos orientales, a saber, que Dios atrae al alma "todo en amor de la su divina majestad" (EE 330), con un amor que es "manikos eros", un amor loco de Dios por el hombre. El metropolitano Filaretos de Moscú lo formuló bellamente cuando dijo: "El Padre es el amor que crucifica; el Hijo el amor crucificado; y el Espíritu Santo es la fuerza invencible de la cruz". La gloria es, pues, la debilidad invencible de Dios en su amor. La gloria es la vida de Dios que se da, que se entrega en el amor. Es lo que nos atrevemos a pedir cuando, invitados por Ignacio, nos atrevemos a decir en la oración: "Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta" (EE 234); "que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba, del amor de Dios" (EE 184). Entonces ese amor será transfigurado por la cruz y crucificado para que Dios pueda resplandecer en él y por él (EE 338). Y será un amor bastante loco, con la locura del amor de Dios. Al exigir un amor que se debe poner en las obras más que en las palabras (EE 230), Ignacio nos urge a que nos preguntemos sobre la autenticidad de este loco amor por Cristo. ¿Es una exageración verbal o hay que tomarlo literalmente?

La tradición del Cristianismo oriental

El Cristianismo oriental responde sin dudar que hay que tomarlo literalmente. La historia eclesiástica de Evagrio describe así el modelo de un verdadero loco por Cristo: "...se esfuerza por pasar por mal cristiano y hombre inmoral; monje como es, profesa un desprecio total por los preceptos de la Iglesia. No pone el pie en la iglesia si no es para perturbar las funciones litúrgicas; elige un día como el Jueves Santo para atiborrarse en público en una pastelería y comer carne como incrédulo" (IV,34). Este modelo está en manifiesta contradicción con el modo de ver ignaciano, que al hablar de "pasar oprobios e injurias" pone esta condición: "sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona ni displacer de su divina Majestad" (EE 147). Al celebrar la fiesta de San Simeón el Loco, la Iglesia nos asegura que la radicalidad de su locura por Cristo era auténticamente evangélica, pastoralmente dirigida a combatir la hipocresía y formalismo prevalentes. En el siglo XI, San Andrés el Loco (*salos*), que adopta la locura de San Simeón como modelo y prototipo, se da cuenta muy bien del escándalo que provoca y pide a Dios que perdone a aquellos a quienes provoca para que le maltraten. Aun cuando fingen locura y verdadera demencia, Simeón y Andrés son fuertes personalidades, conscientes de su llamada a una misión apostólica. Cuando San Simeón exclama: "Parto en la fuerza y poder de Cristo a conquistar el mundo", y cuando el Señor llama a San Andrés a consagrarse a la salvación de los prójimos "llegando hasta volverse loco por mi causa", parece que estamos oyendo lo que San Ignacio nos propondrá mas tarde en los *Ejercicios Espirituales*. Conviene notar, sin embargo, que también el Oriente cristiano se guarda de buscar la locura por sí misma. No todo loco lo es por Cristo. Así, en lugar de denominar al loco por Cristo con la palabra paulina "moros" (1 Cor 4:10),

le llama simplemente "salos", algo así como "poseido". Por la misma razón la palabra equivalente en ruso no es "bouy" sino "yourdivi". San Agustín, especialista en la tensión existente entre ser cristiano y parecerlo, en su comentario a la primera carta a los Corintios, exhorta a todo cristiano a ser loco por Cristo: "dic te stultum et sapiens eris"; pero hay que decirlo en el interior de uno mismo, "intus dic", es decir, es sobre todo una cosa del corazón.

En tiempo de San Ignacio, los locos por Cristo que, estando en sus cabales, fingían estar locos para proclamar proféticamente la verdad, era especialmente numerosos en Rusia: se les llamaba "yourdivi". El Beato Basilio, que ha dado su nombre a la catedral de la Plaza Roja de Moscú y fue contemporáneo de Ignacio, "se hace el loco" para denunciar en nombre de Cristo la inhumana crueldad de la autocracia zarista frente a la cual la Iglesia oficial, cada vez más escle-rosada, guarda silencio. Como la locura de la cruz es necesariamente escandalosa, los "yourdivi" provocan la clase de escándalo que finalmente humilla no al loco por Cristo sino al hombre prudente que se cree cristiano. Esta forma particular de locura por Cristo no fue la única conocida en tiempo de Ignacio. También inspiró a San Juan de Dios a vivir con y para los retrasados mentales y dementes, y suscitó las extravagancias y originales iniciativas apostólicas de San Felipe Neri.

Basta seguir la *Autobiografía* para descubrir las corrientes espirituales que llevaron a Ignacio a desear ser tenido por loco. Ante todo hay que mencionar a Erasmo de Rotterdam, quien con sus publicaciones siguió a Ignacio de Alcalá a París (*Autob.65*). Erasmo era francamente alérgico a la locura de la cruz. Su doctrina moralizante, centrada en un ideal humano

difícil de realizar en cuanto que postulaba un equilibrio moral perfecto, rechazaba en la práctica toda superación de ese ideal, matando así el dinamismo que sólo la locura de la cruz puede suscitar. Su elogio de la locura -*Moriae Encomium*- es una maravilla de ironía en su denuncia de toda insensatez humana; pero su "laus stultitiae" no deja lugar ninguno al amor loco de Dios. ¿Habría que admirarse de que Ignacio sintiese que se le enfriaba el espíritu y se le apagaba la devoción al hojear un libro de Erasmo? Ignacio prefiere leer la *Imitación de Cristo*, - donde el influjo de la Devotio Moderna se hace sentir muy de otro modo que en los escritos de Erasmo. El autor de la *Imitación* no duda en afirmar que "te es preciso volverte loco por Cristo si quieres llevar una vida religiosa". Esta convicción subyace en toda la historia de la vida espiritual bajo las formas más diversas. En la *Leyenda áurea* o Vidas de los Santos que leyó en Loyola, Ignacio conoció las "santas locuras" de los monjes del desierto. Dos veces habla en su *Autobiografía* de su deseo de no comer más que hierbas (nn.8 y 12), probablemente a imitación de San Onofre (s.IV), que servía al Señor "estúpidamente, como una bestia", haciendo realidad lo del salmo: "estúpido de mí, no comprendía, una bestia era ante tí" (Sa 73/72, 22-23). También el movimiento franciscano, al seguir un camino "considerado como una locura, impresiona a Ignacio el peregrino: "¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco?" (*Autob.*, n.7). No fueron sólo algunos cristianos los que al encontrarse con Francisco exclamaban "¡qué loco!". No: el mismo Santo de Asís vio su vocación en esta locura. Por eso en el Capítulo de Nattes gritó a algunos hermanos "muy prudentes": "No quiero que habléis de otra regla, aunque sea la de San Agustín, la de San Bernardo, o la de San Benito. El Señor me ha revelado que quiere que yo sea un nuevo loco en el mundo. No ha querido conducirme por otro camino sino por éste".

Originalidad ignaciana

Aunque plenamente inserto en una tradición espiritual de la que la *Autobiografía* da claro testimonio, el deseo de ser loco por Cristo tiene, no obstante, un rasgo original en la espiritualidad ignaciana. Esta locura, siempre amorosamente orientada a la gloria de Dios, se presenta como cualidad necesaria, en deseo al menos, para ser compañero de Jesús (*Ex.Gen. c.IV, n.44 y Const.101*). No obstante, si se le compara con Onofre y Francisco, para no hablar de los santos locos de Rusia, Ignacio no parece un loco por Cristo. Es un hombre de discernimiento. ¿No está una significativa parte de su correspondencia dirigida principalmente a combatir las "santas locuras" entre sus compañeros. Su mística no se distingue ni por la pacífica contemplación de la verdad eterna ni por la embriaguez del amor de Dios. La suya es una mística de servicio que no se expresa en desbordamientos extáticos sino que se asemeja más bien al "fiel de una balanza" en perfecto equilibrio (EE 15). ¿Y no es más que eso el Ignacio que deseaba ser un compañero loco de aquel que primero fue tenido por loco?

Al buscar la originalidad de la locura por Cristo según San Ignacio, nos encontramos con un problema de interpretación de los *Ejercicios Espirituales*. Cuando Ignacio nos habla de pobreza -la locura de San Francisco de Asís- adaptamos con gran naturalidad los Ejercicios a nuestra actual situación socio-económica, que es muy diversa de la suya. Nos parece insensato no utilizar al máximo el progreso técnico de nuestra sociedad de consumo. Pero Ignacio expresa su deseo de ser loco aun en el lenguaje del honor, muy de acuerdo con la mentalidad de cierta clase social de la España de su época, celosa hasta la locura en materia de honor. Al comienzo de su *Autobiografía*, Ignacio nos cuenta cómo cuidaba su aspecto personal

-dispuesto a sufrir un verdadero suplicio con tal de poder llevar unas botas ceñidas- y cómo imaginaba lo que haría en servicio de una dama, de condición mucho más alta que la de condesa o duquesa (*Autob 4;6*). Esta cultura cortesana encuentra un eco en los Ejercicios en la vergüenza y confusión del caballero que ha ofendido a su rey (EE 74) y en la conducta, calificada de indigna, del caballero que no responde a la petición de su rey (EE 94). Dentro de este contexto de honor, Ignacio da por supuesto que no es meramente su clase social o económica la que nos hace "estimar" o "menospreciar" a una persona. Riqueza y pobreza contribuyen, sí, y mucho, a establecer la escala de valores que rige la comunidad; pero Ignacio sabe muy bien por su propia educación que "valer" no depende exclusivamente de "tener". El mismo vivió la experiencia de que uno puede muy bien renunciar al "tener" para aumentar su "valer": "y luego creció la fama (en Manresa) a decir más de lo que era; que había dejado tanta renta, etc." (*Autob.18*). La escala de la estima social en cuanto a honor y menosprecio cambia como la moda -el loco de hoy puede ser el sabio de mañana o incluso del siglo; pero honor y menosprecio se mantienen como los polos, íntimamente relacionados, de esta gran ilusión que toda sociedad humana se hace para juzgar el valer de una persona según normas y baremos que apenas corresponden a la verdad de Dios sobre el hombre y que casi le obligan a transformar su verdadero ser en ficticias apariencias y convertir su verdadera personalidad en una especie de máscara.

La meditación de Dos Banderas (EE 136ss) revela cómo Dios por su Hijo, en su Espíritu, suscita el "conocimiento de la vida verdadera" (EE 139) para una "civilización del amor" fundada sobre la pobreza y la humildad (EE 146). Ignacio añade el menosprecio porque esta civilización del amor (o de la "comunidad", como dicen nuestros hermanos ortodoxos), lejos de

sernos connatural, choca con tal resistencia dentro de nosotros y en torno nuestro que se presenta como una contra-cultura y se la mira con menosprecio como una locura. Cuando Ignacio en Alcalá intenta vivir esta civilización del amor por medio de la gratuidad -"empezó a mendicar y vivir de limosna" (Autob.56)- la gente empezó a reírse de él y a insultarle (Autob.56). Acepta como una fatalidad que un pobre hombre se ponga a mendigar, pero que lo haga una persona "con buena salud" en la creencia de que la gratuidad es un valor social -eso es pura locura. Y no obstante, sólo vistiendo la vestidura y librea de Cristo, que la visitó primero, se edifica el reino del amor para la mayor gloria de Dios (Cf. Ex. Gen., c.IV, n.44 o Const.101).

Esta es la razón por la que la gloria de Dios, lejos de templar la locura por Cristo, no deja de estimularla bajo sus más diversas formas, garantizando su autenticidad apostólica. Porque, de acuerdo con la perspectiva de San Juan, la gloria de Dios no significa sólo el ser divino en la manifestación de su esplendor, sino también la irradiación de gracia y verdad que emanan de la persona del Verbo Encarnado que sigue brillando en su obra de salvación de la sociedad humana -la misma a la que estamos llamados a colaborar. "En esto se ha manifestado la gloria de mi Padre, en que hayan comenzado a producir mucho fruto" (Jn 15:8). La mayor gloria de Dios, la gran pasión de Ignacio, consiste en "ser puesto con el Hijo" (Autob.96) en su misión de hacer fruto, esto es, de llevar a los hombres a su Padre y nuestro Padre. Por lo mismo, nada puede servir a la gloria de Dios si no se inserta en la venida de su reino de amor. Por eso utiliza Ignacio con frecuencia en sus escritos la expresión "hacer fruto": porque todo trabajo y modo de vida debe elegirse y desarrollarse en función del fruto que produce, a fin de que la gloria de Dios sea servida y pueda ser recono-

cida en esta fecundidad.

Ahora bien, para que produzca fruto a semejanza de Cristo, el grano de trigo tiene que caer en la tierra, desaparecer y morir para así surgir de nuevo. La mayor gloria de Dios se logra en la locura de la cruz de su Hijo. En una carta al Duque Ascanio Colonna (15 abril 1543), desea al mismo tiempo, para la mayor gloria de Dios, la plena prosperidad del Duque, pero a este deseo añade el de "no desear otro que Cristo, y aquel crucifixo, porque en esta vida crucificado a la otra suba resucitado". Imposible separarlas u oponer la una a la otra: la gloria y la cruz, el honor de Dios y la locura.

Compatibilidad de la "caridad discreta" con la "locura por Cristo"

Sería poco justo proponer los *Ejercicios Espirituales* -y las *Constituciones*- exclusivamente en la perspectiva de la fecundidad apostólica ("producir fruto") para la mayor gloria de Dios y descartar la locura por Cristo, reservándola para situaciones excepcionales. Sería igualmente injusto acentuar tan unilateralmente las condiciones indispensables para ser un auténtico loco por Cristo -como es la exigencia de no dar ocasión de ofensa a su Divina Majestad ni de pecado para el prójimo (*Exam.Gen.*, c.IV, n.44 o *Const.* 101), o la exigencia de que se siga igual o mayor servicio y alabanza a su Divina Majestad- que la locura quede prácticamente eliminada porque se la ha hecho humanamente prudente y razonable. Verdad es que el tono de la correspondencia de Ignacio es de moderación; en algunas provincias de la Compañía había quienes llamaban la atención por su celo excesivo e indiscreto fervor. En su carta del 7 mayo 1547 a los escolares de Coimbra, Ignacio se sirve de unas palabras de San Bernardo para recordar a los que crucificaban al hombre nuevo al crucificar excesivamente el viejo,

que "no tiene máquina ninguna el enemigo tan eficaz para quitar la verdadera caridad del corazón cuanto el hacer que incautamente, y no según razón espiritual, en ello se proceda". Siempre se corre el riesgo de olvidar que, una vez que la gloria de Dios quiso revelarse un Viernes Santo, aun esta misma "prudencia espiritual" es locura.

En consecuencia, no hay que presentar la "discreta caritas" ignaciana como una especie de perfecto equilibrio entre amor y prudencia, o bien identificarla con el cálculo y la medida. Lo que se opone al amor bien ordenado no es la locura sino -en el lenguaje de San Ignacio- "el desorden de mis operaciones" que, originado por el pecado (EE 63), "el amor carnal" (EE 97), y el "apetito natural" (EE 216), tanto se aparta de la gloria de Dios como de la locura de la cruz. En una palabra, una afección es desordenada siempre que no esté inspirada por aquel único amor que se expresa como servicio insensato por la mayor gloria de Dios.

Puede ser que la *Autobiografía* nos despiste un tanto. La locura por Cristo parece ser no más que una fase pasajera del Peregrino, quien una vez pasado el aprendizaje se convierte en un modelo de circumspección, habilidad y cautela, sobre todo en cosas de gobierno. Ya el P. Juan de Polanco tuvo que defenderle contra la acusación de "doblar la rodilla ante Baal" en el empleo hábil, demasiado hábil según algunos, de los medios y recursos humanos. Apoyándose en abundante documentación bíblica y patristica, Polanco afirma que Dios quiere ser servido como autor de la gracia y autor de la naturaleza. Por eso todas las cosas deben ser ordenadas a la gloria de Dios.

Una peculiar convicción de Ignacio contenida en las *Constituciones* descarta toda ambigüedad: es cu-

ando afirma que esta "prudencia" en el empleo de los medios debe inspirarse en solo Dios ("sola la unción del Spirito Santo puede enseñarlo", "Dios nuestro Señor comunica la prudencia a los que en la su divina Majestad confían", *Const.* 414; IV, 8, 8). La locura por el Señor que lleva su cruz tiene su punto de partida en Dios aun antes que en nuestro propio entusiasmo por seguir a Cristo. Precisamente porque esta locura la inspira y guía el Espíritu del Señor, el compañero de Jesús se guarda de que se convierta de hecho en una perversión de la cruz o un amor propio que destruye no ya la propia persona sino el bien ajeno, de amigo o enemigo. "Queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y rescibir..." (EE 98): esta misma condición resuena en el coloquio de las Tres Maneras de Humildad (EE 168).

Y así, lo que a primera vista parece como una restricción que hace toda locura por Cristo extremadamente difícil -o mejor dicho, imposible- es en fin de cuentas una mayor disponibilidad para todas las formas concretas, antiguas y modernas, que expresen este deseo de ser loco por el Señor. Es el deseo de ser elegido no sobre la base de condiciones humanas por generosas que sean, sino sólo por la elección de Dios, por inesperada que sea, para el advenimiento de su reinado. Es ya una locura que el hombre pierda radicalmente su deseo en el de Dios por su gloria. Este es el sentido ignaciano de una fórmula lapidaria que repetía gustosa la Edad Media, atribuyéndola a San Agustín: "Ipse ibi modus est sine modo amare" (La medida es amar sin medida).

Para ser auténtica, la locura por Cristo supone el conocimiento de su vida verdadera en la sociedad de hoy, y requiere por lo mismo un discernimiento permanente, precisamente a la luz de quien primero fue tenido por loco (EE 167). Este discernimiento, como en el caso de los santos locos del Oriente

cristiano, puede llegar a resultados desconcertantes, y siempre corremos el riesgo de identificar la locura por el Señor con esas acciones espectaculares. San Basilio el Bienaventurado, contemporáneo de Ignacio, realiza toda clase de locuras -anda desnudo por las calles de Moscú, pasa la noche en casa de una viuda, rompe un icono de la Virgen- pero los testigos de estas rarezas saben muy bien que debajo se oculta un significado "profundamente prudente". Es su manera de desenmascarar el influjo de Lucifer donde quiera que se oculte, sobre todo en la conducta del hombre "virtuoso".

No es la "hybris" y sus indiscretas expresiones lo que espanta a Ignacio. Si hemos de creer a Ribadeneira, Ignacio dijo que los que quieren ser prudentes -demasiado prudentes- en las cosas de Dios raramente realizan acciones grandes y heroicas. La razón está en que, como escribió al Duque de Alba, lo que no parece conforme a la prudencia humana puede muy bien serlo a la prudencia divina, que no está vinculada a las leyes de la razón humana. Esta actitud espiritual de Ignacio tiene como consecuencia que, en relación con las formas concretas de la locura por Cristo, la gloria de Dios es siempre mayor. No excluye ninguna forma; la elección depende exclusivamente de la gloria de Dios. Y como esta gloria resplandece en el Hijo del Padre, todo discernimiento del Espíritu del Señor y toda elección se hacen patentes en la Tercera Manera de Humildad, en que la sumisión a la gloria de Dios es precisamente amor de Cristo hasta la locura. Varios comentaristas han subrayado que la Tercera Manera de Humildad sustituye el carácter frío y lógico del raciocinio del proceso de la elección y el discernimiento con la locura de un amor irracional.

La locura por Cristo en la vida diaria concreta

Las cartas de San Isacc Jogues del 5 y 30 agosto 1643 ilustran bien cómo pueden vivirse en concreto estas perspectivas ignacianas. Su deseo de anunciar al Señor crucificado y resucitado a los indios iroqueses es tan fuerte que suplica al Señor deshaga los planes de los que quieren liberarle y enviarle a Europa "si ello no es para su gloria" (5 agosto 1643). Se le ofrece inesperadamente una ocasión para escapar, e Isacc suplica al Señor "que no me permita decidir por mi cuenta y me dé luz para conocer su santísima voluntad porque siempre y en todo he deseado cumplir su voluntad aun hasta el punto de ser quemado en fuego lento". Teniendo en cuenta su amor a los indios, y "habiendo sopesado ante Dios, con todo el desprendimiento que me era posible, las razones que me movían a quedarme con estos salvajes o a dejarles, he creído que sería más grato al Señor que aproveche la ocasión de escaparme" (30 agosto 1643). Isacc no se lanza al martirio como si fuera por sí mismo y automáticamente la única expresión de la locura de la cruz. Lo que llena su mente es la salvación de los indios y su experiencia misional, que son también locura por Cristo: "Todos estos logros morirían conmigo si no me escapara". Aun expresando su propia preferencia por ser quemado a fuego lento, Isaac no excluye en modo alguno la posibilidad de escapar para continuar su tarea misionera de anunciar a Cristo a los indios.

Al someter a sola la gloria de Dios dos expresiones de la locura por Cristo -"ser quemado a fuego lento" y "escapar" para cargar de nuevo con la cruz de la misión entre los indios- Ignacio ensancha el ámbito de la participación en el amor loco de Dios para incluir todas las condiciones de la existencia humana y poder encontrar a Dios en todas las cosas. Ya no son sólo los mártires o los estilitas los

locos por Cristo, sino también -y ésta es la originalidad de Ignacio- los crucificados de la vida diaria, en las tareas y sufrimientos diarios, que irradian calladamente el amor de Cristo por medio de sus palabras, sus acciones, sus silencios, la monotonía de sus sí y sus nos, cuya misma presencia y calidad de entrega les marca como locos en una sociedad abrumadoramente hostil, indiferente o cínica para cuantos viven para un reino que no es de este mundo.

A esta luz de la mayor gloria de Dios, Ignacio pasa revista a todas las actividades por las que el hombre trata de ocupar su puesto en la sociedad humana, desde las más insignificantes e intrascendentes hasta las más espectaculares y extraordinarias. Nada excluye ignacio es esta Tercera Manera de Humildad en la que el amor loco de Dios se encarna a imagen de aquel que primero fue tenido por loco.

Porque en cada una de estas actividades tienta y echa sus redes y cadenas Lucifer, el "mal caudillo" (EE 139 y 141), y en cada una de ellas "el summo y verdadero capitán" (EE 139) suscita la capacidad de colaborar en la construcción de la ciudad de Dios por medio de la cruz pascual, que es la ley de la vida verdadera. Compartir en la obra de Dios por medio de Cristo en su Espíritu de amor (EE 236) es ya en sí mismo una locura. Es "elegir aceptar en el entramado de la vida más corriente y ordinaria todas las humillaciones, injusticias, mal disimulados rechazos, impopularidad, con tal que no se siga ningún otro inconveniente y sólo esté en juego mi amor propio"; es "la cúspide de los *Ejercicios*". Viviendo desu fe en Jesús, el hombre se encuentra en una situación que le capacita para trascender sus propios intereses y, a imitación de Cristo, preferir lo que es locura e insensatez por la vida de sus hermanos y hermanas. "La sabiduría de Dios, derramada sobre

el hombre, produce en él, como en Cristo, la locura del amor y la salvación universal". El sentido de lo universal que marca constantemente la experiencia espiritual de Ignacio hace la locura por Cristo aplicable a la vida diaria de la mayoría silenciosa del pueblo de Dios. Pero también se manifiesta de otras formas, como son el impulso, nacido del amor, a denunciar una injusticia social por medio de una huelga de hambre; ir contra lo que parece costumbre establecida para dar lo mejor a los pobres; hacer gestos proféticos, como los santos locos del oriente cristiano, para poner en evidencia las claudicaciones anti-evangélicas del pueblo de Dios; identificarse con los marginados, a ejemplo de tantos santos; llegar hasta aceptar, sin defenderse, un destierro como resultado de una falsa denuncia o una total incomprensión; aceptar el ridículo, estar "marcado" porque hace lo que cree que debe hacer en el nombre de su Señor; aceptar la cárcel, la tortura... Tales situaciones no son raras en nuestros días. Algunos interpretarán estos comportamientos como aberraciones y casi como una sacrílega lectura del texto paulino: "nosotros somos locos a causa de Cristo"; otros verán en ellos la fuerza del Espíritu que construye, contra la oposición de tantos hombres, la civilización del amor en Cristo para la gloria del Padre.

Conclusión

El hombre se pierde a sí mismo en esta locura; sólo la gloria de Dios sale ganando. Si Cristo no nos hubiera precedido en ser tenido por loco, este camino nos estaría prohibido. No es extraño que Ignacio y sus compañeros desconfiasen de sus actividades apostólicas si no suscitaban oposición, asombro, incluso persecución. "Maestro Francisco se queja de que no haya persecución (en Portugal), pero se consuela pensando que las tendrá en la India, porque vivir mucho tiempo sin ellas no es militar

fielmente". Ni es extraño tampoco que, particularmente en la vida religiosa, no falten tensiones y conflictos dolorosos, y no porque se los busque por sí mismos, sino más bien porque, como lo sugiere el Concilio Vaticano II, son la forma de testimoniar" que el mundo no puede ser transformado y ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas" (LG 31), sin entrar en conflicto con las culturas y civilizaciones de hoy, que se presentan como la sabiduría de nuestro tiempo.

Si por razones inspiradas en la humana sabiduría, la vida religiosa dejara de denunciar el mundo de nuestro tiempo como deformado y desfigurado -y ello a lo loco, en nombre de Aquel que primero fue tenido por tal; si dejara de comprometerse existencial y comunitariamente para transfigurarlo con la fuerza del misterio pascual, la vida religiosa no sería fiel a su vocación y misión de ser locura e insensatez por Cristo. Si esto sucediera, la vida religiosa privaría al pueblo de Dios de la visibilidad de un amor a Dios y al prójimo que testimonian tantos cristianos, verdaderos locos por Cristo en lo escondido de su vida diaria.

Así, en una gran diversidad de vocaciones y misiones, son muchos los locos por Cristo que comparten la locura del amor que Dios tiene al hombre, del cual la tradición oriental ha dicho que "tal vez sólo este incomprensible anonadamiento de una persona divina en la cruz puede convencer al hombre del loco amor que Dios le tiene".

(De la revista **CENTRUM IGNATIANUM SPIRITUALITATIS (CIS)**, Roma (Italia), Vol. XX, N^{os}. 63-64, 1990, págs. 72-89).